

ANTÍGONA, de Sófocles
(Adaptación de J. Ricardo Martín Fernández)

PERSONAJES:

ANTÍGONA
ISMENE
CREONTE
GUARDIÁN
HEMÓN
TIRESIAS

MENSAJERO
EURÍDICE
PAJE
LAZARILLO (mudo)
SOLDADOS

(La acción tiene lugar en el ágora delante del palacio de los reyes de Tebas; en lugar preeminente, un “trono real”, desde donde Creonte dictará sentencia. Habrá una “calle” de salida al campo y dos puertas de acceso al palacio; la central es la que usan los soberanos; la de la izquierda se supone que da al gineceo y por ella sale ISMENE, a quien está esperando a la puerta ANTÍGONA, venida del campo, donde ha tapado con polvo el cadáver de su hermano. Es la madrugada.)

PRÓLOGO (1-99)

(Antígona, Ismene)

ANTÍGONA.- *(Inicio suave; el clásico de cualquier “prólogo” de tragedia)* Mi querida hermana Ismene, ¿sabes de una sola desgracia de las que sufrió Edipo que Zeus no nos haya descargado en nuestra vida? Porque no hay dolor, ni azote, ni afrenta, que no encuentre yo en nuestros males. ¿Conoces el decreto que, según dicen, ha promulgado el soberano Creonte para toda la ciudad? ¿No lo has oído? ¿O solo a ti se te ocultan los males que los enemigos cometen contra nuestros seres queridos?

ISMENE.- *(Aún más coloquial que Antígona)* No, Antígona, no he oído nada nuevo desde que nos quedamos privadas de nuestros dos hermanos, muertos en un día y con muerte mutua. No he tenido más noticias después que el ejército de Argos huyó la noche pasada.

ANTÍGONA.- Ya me lo imaginaba; por eso te he llamado a la puerta del palacio para que tú sola te enteres.

ISMENE.- ¿Qué ha pasado, Antígona? ¿Qué novedades tienes?

ANTÍGONA.- Creonte ha mandado que, de nuestros dos hermanos, el uno quede honrado con sepulcro y el otro sin él. A Eteocles, según ordena el edicto, le reconoce los derechos de la ley y le concede sepultura con grandes honores; pero ha ordenado que ninguna persona entierre el triste cadáver de nuestro hermano Polinices, que nadie le haga honras fúnebres, sino que lo abandonen para comida de las aves..., para que lo devoren los perros. También ha decretado que, a quien se atreva a transgredir sus órdenes, le espere la muerte... *(Pausa corta)* Ahí tienes cómo están las cosas y pronto vas a tener que demostrar si eres noble o te muestras indigna de tus ilustres antepasados.

ISMENE.- Pero, necia, si ese es el edicto de Creonte, ¿quién soy yo para añadir o quitar nada?

ANTÍGONA.- Dime si piensas ayudarme.

ISMENE.- ¿En qué aventura? ¿Qué quieres decir con eso?

ANTÍGONA.- ¿Quieres ayudarme a enterrar el cadáver de Polinices?

ISMENE.- ¿Pero es que piensas enterrarlo tú? ¡Está prohibido!

ANTÍGONA.- Es mi hermano y tuyo también. Nadie podrá acusarme de traidora.

ISMENE.- ¡Pero insensata! Recapacita que Creonte lo ha prohibido...

ANTÍGONA.- Creonte no es nadie para interponerse entre los míos y yo.

ISMENE.- *(Con firmeza)* ¡Oh Zeus! Piensa, hermana, cómo terminó nuestro padre, aborrecido y deshonrado, después que se arrancó ambos ojos con sus propias manos, y cómo acabó Yocasta, su mujer y madre a la vez, ahorcándose con una soga, y, en tercer lugar, piensa en nuestros dos hermanos, que se han dado mutua muerte. Y a nosotras dos, solas como nos hemos quedado..., dime qué muerte más atroz no nos espera ahora, si desafiamos el poder del tirano Creonte. No olvides, Antígona, que hemos nacido mujeres y no podemos luchar contra hombres, ni que estamos sujetas a manos más fuertes y es preciso obedecer estas órdenes y otras más duras todavía. Pediré a los muertos que me lo dispensen, pero yo acataré la autoridad constituida. Es una locura desobedecer las leyes de los que gobiernan.

ANTÍGONA.- *(Con firmeza)* ¡Está bien! A partir de ahora, no te admitiré más en mi compañía ni aunque tú lo quisieras. Tú piensa como te parezca, pero a Polinices lo enterraré yo misma y será glorioso para mí morir mientras lo entierro; así reposaremos juntos, la hermana amante con el amado hermano. Me trae más cuenta el agrado de los muertos que el de los vivos, pues con los muertos he de reposar para siempre. Tú, si así te parece mejor, sigue rechazando las leyes que los dioses tanto estiman.

ISMENE.- Yo no rechazo nada, pero tampoco puedo ir contra las órdenes de Creonte.

ANTÍGONA.- Sí, tú pon esa disculpa. Yo iré y daré sepultura a mi hermano Polinices.

ISMENE.- ¡Ay, desgraciada, tiemblo por ti!

ANTÍGONA.- No te angusties por mí; más bien preocúpate por ti.

ISMENE.- Por lo menos, guárdalo en secreto; yo haré lo mismo.

ANTÍGONA.- ¡Oh, no; publícalo!... ¡Todavía me serás más odiosa, si lo callas, que si no lo pregonas al mundo entero!

ISMENE.- El corazón te arde en cosas que hielan...

ANTÍGONA.- Yo sé que así agrado a quienes más me importa agradar.

ISMENE.- Falta que puedas conseguirlo. Estás buscando lo que no es posible y no hay que andar a la caza de imposibles.

ANTÍGONA.- Si hablas así, considérate enemiga mía y, por la misma razón, enemiga de nuestro hermano Polinices. Déjame padecer tales desgracias. No han de ser mis males tan grandes que no pueda, al menos, morir con gloria.

ISMENE.- Bien, vete, si te parece, sabiendo, eso sí, que, aunque te veas amiga de tus amigos, no obras con prudencia.

(*Mutis de ambas. ANTÍGONA, al campo; ISMENE, a palacio. Amanece*)

PÁRODOS (100-161)

Estrofa 1ª.- *¡Rayo de sol, el mayor esplendor/de cuantos antes brillaron risueños/ sobre Tebas, ciudad de siete puertas!/Llegaste, ojo dorado del día;/ya sobrepasas las aguas Dirceas/ y haces huir al enemigo mortal /que de Argos subió, confiando en su escudo,/vestido de hierro y empuñando su arma./Ya huye veloz, fugitivas sus riendas./Polinices lo trajo y atacó /nuestra patria y se sublevó/animado por rivales contiendas./Daba altanero espantosos graznidos;/por el cielo se cernía cual águila,/tendidas sus blancas alas cual nieve;/traía consigo crestones y armas;/brillaban las crines de sus caballos.*

Antistrofa 1ª.- *Se puso enfrente de nuestros hogares./Tensas las fauces, la entrada rondaba,/las siete puertas con sus batallones,/ansioso estaba de una gran matanza/pero tuvo que huir sin saciar su boca/con sangre caliente de nuestro pueblo;/no pudo prender el fuego que arrasa,/tampoco pudo quemar nuestras torres;/y es que furioso se alzó a sus espaldas/el estruendo de Ares, presa imposible/ para el dragón que compite y que lucha./Y todo se debe a que Zeus abomina/cualquier alarde de lengua altanera/ y, cuando los vio venir a luchar,/erguidos, altivos, crueles y ufanos/del estruendo de sus armas de oro,/desde el cielo les arrojó sus rayos,/ cuando ya estaban en lo alto del muro/ y ya empezaban a cantar victoria.*

Estrofa 2ª.- *Teas en mano volteando cayeron,/retumbó la tierra al chocar con ella,/locos de furor sus huestes lucharon,/agitados rugieron llenos de odio,/pero nada fue como ellos quisieron,/porque a todos ellos visitaba Ares/y a todos ellos la vida quitaba;/también, porque, cuerpo a cuerpo apostados,/siete capitanes en siete puertas/dieron a Zeus, el dador de victorias,/el tributo de sus armas de bronce, /y los dos guerreros, que habían nacido/ del mismo padre y de la misma madre,/ambos levantan sus armas hostiles/y ambos se clavan sus lanzas agudas/y ambos se mueren de una misma muerte.*

Antistrofa 2ª.- *Pero, ya que nos llegó la Victoria,/nombre glorioso, y sonrío de nuevo/ la querida Tebas, la rica en carrozas,/ olvidemos los pasados combates/y vamos todos a todos los templos /con paso alegre y con danzas nocturnas/ y que Baco nos dirija los coros.*

EPISODIO PRIMERO (162-331)

(Creonte, Guarda)

(*CREONTE sale de palacio con insignias reales y escoltado por SOLDADOS. Se sienta en el trono para dictar sentencia*).

CORIFEO.- Pero aquí viene Creonte, hijo de Meneceo, coronado como nuevo rey de esta tierra por los destinos de los dioses.

CREONTE.- (*Autoritario y solemne*) Ciudadanos, los dioses han calmado ya las aguas de la patria después de haberlas sacudido con violenta marejada. Os he mandado llamar porque sé que acatasteis la autoridad real de Layo y lo mismo cuando Edipo regía la ciudad; después, cuando ya había muerto, conservasteis inviolable vuestra fidelidad para con sus hijos. Ya que ellos han muerto en un solo día, ahora el trono de Tebas queda en mis manos por mi estrecho parentesco con los muertos. En virtud de ese poder que ahora detento, esto he ordenado a la ciudad acerca de los hijos de Edipo: que a Eteocles, pues murió luchando por la patria, se le conceda sepultura y todas las honras fúnebres que acompañan a los nobles caudillos cuando mueren; por el contrario, a su hermano Polinices, que volvió de su destierro resuelto a arrasar la ciudad de sus padres, prohíbo se le hagan honras fúnebres y ordeno que se le deje insepulto para pasto de la voracidad de las aves y de los perros. Tal es mi determinación. Siempre que de mí dependa, jamás los malvados recibirán más honra que los justos. Solo honraré a quien respete la patria, esté vivo o muerto.

CORIFEO.- Que sea esa tu voluntad, Creonte, pues en tu mano está dar las leyes que quieras, tanto sobre los muertos como sobre los vivos.

CREONTE.- Velad, pues, vosotros, para que se cumplan mis órdenes.

CORIFEO.- Esa carga tan pesada échasela a hombros más jóvenes.

CREONTE.- Ya están puestos guardas que vigilen el cadáver.

CORIFEO.- ¿Qué más deseas, entonces, de nosotros?

CREONTE.- Que no contemporicéis con los que no cumplen mi mandato.

CORIFEO.- Nadie hay tan loco que se enamore de la muerte

CREONTE.- Exactamente, la muerte será su pago; pero los hombres muchas veces se dejan corromper por la avaricia del dinero.

GUARDA.- (*Entra jadeante y se arrodilla a los pies de Creonte*) ¡Ay, rey! No voy a contarte que vengo sin aliento por la prisa ni que mis pies echaron a correr. ¡Cuántas dudas me hacían detener mi camino! Porque me paraba y el corazón me decía: “¡Desgraciado!, ¿para qué vas adonde tendrás que morir nada más llegar? ¡Necio!, ¿ya estás parado otra vez? Si Creonte se entera por otro camino, ¿cómo escaparás del tormento?” Dando vueltas a tales pensamientos he venido ya, aunque remolón y pesado; así un camino corto me ha dado un largo viaje. Pero, al fin, venció la decisión de venir a tu presencia y, aunque no pueda explicarte nada, al menos hablaré, porque vengo con la esperanza de que no sufriré, aunque...

CREONTE.- (*Cortando impaciente*) ¿Pero, quieres acabar de una vez y decirme qué es eso que te tiene tan perplejo?

GUARDA.- ¡Yo no lo hice, mi rey, ni vi quién lo hizo! ¡En justicia, no puedo incurrir en castigo alguno!

CREONTE.- ¡Bien intentas protegerte...! ¡Algo muy sorprendente parece que nos traes...!

GUARDA.- Las malas noticias dan poca gana de contarlas.

CREONTE.- (*Violento*) Pero, ¿hablarás, por fin?

GUARDA.- (*Tembloroso*) Alguien... ha tapado... al muerto... no hace mucho y se ha escapado..., lo ha tapado con tierra... le ha hecho... los ritos fúnebres...

CREONTE.- (*Asombrado e irritado*) ¿Qué dices? ¿Quién es el hombre que ha osado hacer algo semejante?

GUARDA.- (*Dinamizado como cualquier relato de mensajero*) ¡Yo no lo sé! Allí no había ni hueco de pico ni agujero de azada; la tierra estaba dura, apelmazada, sin muestra de haber sido hollada recientemente por reja de arado o ruedas de carro. El que lo hizo no dejó tampoco huella alguna. Cuando nos avisó el primer centinela del amanecer, nos sobrecogió a todos la desagradable noticia. Empezaron a llover insultos de guardas contra guardas, los unos culpando a los otros; estuvimos a punto de llegar a las manos inculpándonos unos a otros de ser los culpables, pues alguno tuvo que hacerlo: Pero todos alegaban no haber visto nada, y, cuando, no quedaba ya más recurso a nuestras investigaciones, al fin habla uno y... y... lo que dijo fue... que había que traerte a ti la noticia, que no se te podía ocultar... , y, entonces, la suerte quiso que fuera yo, desgraciado de mi, quien te la trajera. Aquí me tienes, sin gusto mío y contra el tuyo, bien lo sé yo, pues a nadie gustan mensajeros de tristes mensajes...

CORIFEO.- Hace tiempo que pienso, ¡oh rey!, si no estará en esto la mano de los dioses...

CREONTE.- (*Reaccionando con furia*) ¡Cállate y no aumentes mi ira todavía más! ¡Cállate, si no quieres pasar por viejo y por necio a la vez!... ¡Que los dioses se hayan tomado interés por ese muerto me parece una apreciación absurda, que no estoy dispuesto a aceptar!... (*Sarcástico*) ¡Sin duda querían sepultarlo para premiarlo como a un fiel servidor!... ¡Y eso que venía a incendiar sus templos, a robar sus tesoros sagrados y a aniquilar la tierra misma!... ¿Has visto tú, alguna vez, a los dioses ocupados en premiar a los malvados?... ¡Jamás! Lo que pasa es que, desde hace tiempo, ciertos ciudadanos, descontentos, murmuran contra mí, moviendo a ocultar la cabeza, y no bajan su cuello para acatar mi voluntad. (*Señalando al GUARDA*) ¡Estos lo han hecho sobornados por el dinero de aquellos ciudadanos! ¡Sí, sí, lo sé muy bien!... No ha surgido entre los hombres invención más perniciosa que el dinero. El dinero es quien arruina las ciudades, quien destierra a los hombres y quien corrompe incluso a los corazones más honrados. Pero estos que han hecho tal cosa, vendidos por el dinero, a tiempo lo han hecho en que lo han de pagar. (*Revolviéndose contra el GUARDA*) ¡Si hay un Zeus que recibe mis adoraciones, ¡tenlo bien presente!, te juro que, si no me descubris y me presentáis aquí al autor de ese enterramiento, no bastará para vosotros la muerte sola!... ¡Colgados vivos tendréis que confesar esta traición para que no os dediquéis a robar sin antes pensar si conviene hacerlo!... Las ganancias ilícitas han causado a los hombres más desgracias que felicidad.

GUARDA.- ¿Me permites decir una palabra o doy media vuelta y me voy?

CREONTE.- ¿No ves lo impertinente que estás cuando hablas?...

GUARDA.- ¿Es en los oídos o es en el corazón donde te molesta?

CREONTE.- ¿Quién eres tú para andar tanteando dónde está mi dolor!?

GUARDA.- El que lo hizo te lastima el corazón; yo solo los oídos.

CREONTE.- ¡Eres un perfecto charlatán!

GUARDA.- Quizá; pero no el que hizo el enterramiento.

CREONTE.- ¡Sí, lo fuiste, y vendiendo tu conciencia por dinero!

GUARDA.- Mala cosa es juzgar por sospechas y que ellas sean infundadas...

CREONTE.- ¡Ahora haz sutilezas sobre mis sospechas!... ¡Fuera de aquí ahora mismo! (*Mutis del guarda*) ¡Si no me presentáis a los autores de tal crimen, vais a conocer que el dinero sucio sale caro...! (*Mutis también de CREONTE*).

ESTÁSIMO PRIMERO (332-383)

Estrofa 1ª.- Muchos son los misterios que existen/y nada es más misterioso que el hombre;/él siempre atraviesa el mar espumoso, llevado en alas del noto veloz,/ y lo surca oculto entre olas que braman/y que se erizan a su alrededor./Y a la Tierra, la diosa más querida/de las diosas que las gentes honramos,/fuerte, dura y también infatigable,/sin embargo él la va fatigando/con el ir y el venir de los arados,/con el ir y venir de sus caballos.

Antistrofa 1ª.- Con trampas apresa bandadas de aves,/las aves de tornadiza cabeza;/también con trampas envuelve y apresa/a las razas de animales salvajes;/y en las mallas de sus labradas redes/pesca los peces que pueblan el mar./¡Ingenioso es el humano en verdad!;/Él doblega con su poder las fieras /que, salvajes, por los montes pasean/ y se enfrenta al corcel de hirsuta cerviz,/ lo sujeta y bajo el yugo lo pone;/también hace frente al toro feroz,/al toro indomable que siempre pelea.

Estrofa 2ª.- El hombre también inventó el lenguaje/y creó los pensamientos alados/y las leyes que gobiernan los pueblos;/también aprendió a esquivar la intemperie/y los inclementes dardos del hielo/y el azote de las lluvias molestas./¡Para todo tiene siempre recursos!;/Sin ellos nunca el azar le sorprende!;/Solo a la muerte no puede evitar!

Antistrofa 2ª.- Dotado de tan sagaz inventiva, /unas veces se desliza hacia el bien,/otras veces hacia el mal se encamina./Si armoniza de su patria las leyes /y de los dioses la buena justicia,/que siempre sea feliz en su patria;/que, por el contrario, viva sin patria/ quien, insolente, se deja llevar/ y por la injusticia se deja arrastrar:/que ese jamás se siente en mi mesa,/ni sea mi huésped ni mi comensal.

EPISODIO SEGUNDO (384-581)

(Guarda, Creonte, Antígona, Ismene)

(Entra por la izquierda el mismo GUARDA de antes, trayendo atada a ANTÍGONA. Tensión dramática).

CORIFEO.- ¡Milagro de los dioses que me desconcierta! ¿Estoy viendo a la joven Antígona? ¡Desdichada hija de padre desdichado! ¿Qué ha sucedido? ¿Eres tú quien se ha rebelado contra las órdenes de Creonte? ¿Es a ti a quien han sorprendido en tal locura?

GUARDA.- Sí; esta es la que lo hizo; la hemos cogido enterrando el cadáver. Pero, ¿dónde está Creonte?

CORIFEO.- Aquí está; justo a tiempo vuelve a salir de palacio. (*Entra CREONTE*).

CREONTE.- ¿Qué sucede? ¿Por qué dices que llego a tiempo?

GUARDA.- Señor, aquí estoy de nuevo, y traigo a esta a tu presencia. La hemos capturado mientras enterraba a su hermano. Tómala, señor, y júzgalas como te plazca.

CREONTE.- (*Sorprendido, incrédulo*) ¿Estás seguro de que dices la verdad?

GUARDA.- ¡Sí, por supuesto! Yo mismo la vi en el momento justo de enterrar al muerto que, por orden tuya, no debía recibir sepultura.

CREONTE.- ¿Cómo la visteis?, ¿cómo la sorprendisteis?

GUARDA.- (*Relato de mensajero*) Sucedió así: Tan pronto llegamos al lugar donde estaba el cadáver, le limpiamos todo el polvo que lo cubría, lo dejamos bien desnudo y nos refugiamos en una pequeña colina. A la hora del relevo, nos lanzábamos unos a otros duras amenazas para que nadie descuidara su vigilancia. No sucedió nada extraño hasta que el sol se encontraba en medio del cielo y su calor era abrasador. Entonces, de repente, un torbellino de aire levanta de la tierra una tempestad de polvo, que sube a las nubes, ocupa toda la llanura e impide ver el horizonte. Cuando, al fin, se disipa el polvo después de largo tiempo, vemos a Antígona bañando al muerto con ofrendas a los dioses y con maldiciones contra quien había dejado insepulto a su hermano. Nosotros nos abalanzamos sobre ella y la apresamos de improviso. Le pedimos explicaciones de lo que estaba haciendo y de los hechos anteriores y lo confesó todo. (*Silencio embargador; Creonte empiezas dubitativo*)

CREONTE.- ¿Tú?, ¿tú? ¿Confirmas o niegas esta acusación?...

ANTÍGONA.- (*Arrogante, aunque no altiva*)...Lo confieso todo y no lo niego

CREONTE.- (*Al GUARDA*) Tú puedes irte donde quieras; quedas libre y descargado de cualquier acusación. (*Mutis del GUARDA*). (*A ANTÍGONA*) Tú, por tu parte, respóndeme escuetamente y sin rodeos: ¿sabías que estaba prohibido enterrar a Polinices?

PRIMER AGÓN: CREONTE VERSUS ANTÍGONA

ANTÍGONA.- Sí, sí, lo sabía perfectamente. La orden era clara.

CREONTE.- ¿Y te atreviste, con todo, a violar tales leyes?

ANTÍGONA.- (*Tensión sin dramatismo*) No ha sido Zeus quien ha impuesto tales prohibiciones, ni la diosa Justicia la que ha dictado tales leyes, ni creí que tus decretos tuvieran tanta fuerza que pudieras prevalecer tú, un mortal, por encima de las leyes inquebrantables de los dioses. Esas leyes no son de hoy ni de ayer, pues han existido siempre. Por ello, yo sabía que no iba a incurrir en la ira de los dioses, pero sí a la tuya, convencida de que ibas a interpretar caprichosamente una ley de la *polis* opuesta claramente a la ley natural. Aunque no hubieses publicado dicha prohibición, bien sabía yo que tendría que morir, ¿cómo no iba a saberlo? Sin embargo, prefiero morir joven antes que vivir entre tantas desgracias. No me duele morir por lo que acabo de hacer. El que un hijo de mi misma madre, una vez muerto, quedase insepulto, eso sí que me dolería. Si te parece que es una locura lo que hago, ¿no será, más bien, que parezco loca a quien es un loco de verdad?

CORIFEO.- Valiente se muestra la doncella, digna hija de su valiente padre.

CREONTE.- (*Al CORO, con ira; dramatismo seis/siete*) ¡Pues sábetes que las cabezas demasiado erguidas son las que primero caen y que un pequeño freno basta para sujetar la boca de los más fogosos caballos! Esta insolente ha quebrantado las leyes y, después de hacerlo, aún es mayor su segunda insolencia al jactarse de sus actos. ¡Pues, a fe mía, que no sería yo hombre y sí lo sería esta chiquilla, si su acción queda sin castigo! Bien puede ser hija de mi hermana y más pariente mía que todos los adoradores de mi Zeus doméstico... ¡Ni ella ni su hermana escaparán de los castigos más atroces! (*A su comitiva*) ¡Traédmela! Hace un momento la he visto por palacio presa de furor y fuera de sí. ¡El corazón de los que traman algún delito suele acusarse a sí mismo de traidor incluso antes de cometerlo!

ANTÍGONA.- (*Arrogante*) ¿Deseabas algo más grave que cogerme y matarme?

CREONTE.- Solo eso, y ya tengo bastante.

ANTÍGONA.- (*Desafiante, altiva; tensión máxima*) ¿A qué aguardas, pues? Lo mismo que ninguna de tus palabras puede gustarme a mí, ninguna de las mías puede agradarte a ti... Escucha, Creonte, ¿podría yo realizar hazaña más gloriosa que la de enterrar a mi hermano? Todos los presentes lo aprobarían a voces, si el miedo no les cerrara la boca. Solamente los tiranos tienen, entre otras mil ventajas, la posibilidad de hacer y decir, impunemente, lo que les dé la gana.

CREONTE.- ¡Tú eres la única de los ciudadanos que lo ve así...!

ANTÍGONA.- ¡Así lo ven también estos; solo que se callan por miedo a ti!

CREONTE.- ¿Y no te da vergüenza pensar tan distinto a ellos?

ANTÍGONA.- Honrar a hermanos de mi propia sangre nunca es motivo de vergüenza.

CREONTE.- ¿Y no era hermano tuyo también el que murió en el bando contrario?

ANTÍGONA.- Hermano de un mismo padre y de una misma madre, sí.

CREONTE.- ¿Y por qué le haces a Polinices unas honras fúnebres que son injuriosas para Eteocles?

ANTÍGONA.- Eso no lo afirmaré Eteocles.

CREONTE.- ¿Cómo no? En tus honras fúnebres lo igualas con un traidor.

ANTÍGONA.- ¡Es su hermano el que ha muerto!

CREONTE.- ¡Un hermano que estaba destruyendo nuestra patria cuando el otro, resistiéndole, la defendía!

ANTÍGONA.- ¡Con todo, el Hades pide igualdad de derechos!

CREONTE.- ¡Pero los buenos nunca pueden ser igualados en premios a los perversos!

ANTÍGONA.- ¿Quién sabe decir si allí abajo se dan por buenas leyes tales?

CREONTE.- ¡El enemigo no ha de ser amigo ni aun después de muerto!

ANTÍGONA.- ¡Mi carácter no es para compartir odios, sino para compartir amor!

CREONTE.- ¡Pues si quieres amar, irás allí abajo y amarás a los de allí abajo! ¡A mí, mientras viva, no me domina una mujer!

(Entra ISMENE escoltada)

CORIFEO.- Mira, ya sale Ismene de palacio, derramando lágrimas de amor por su hermana.

CREONTE.- *(A ISMENE, siguiendo el tono airado)* ¡Tú, víbora, que reptas por palacio y, sin yo advertirlo, estabas chupando la sangre de mis venas...! ¡No sabía yo que estaba criando en mi casa a dos traidoras, que tramaban destruir mi trono! Vamos, di: ¿confiesas tener parte en esta sepultura o juras estar ajena a ella?

ISMENE.- *(Con frialdad pero sin titubeos)* Sí, también participé; tengo parte en la culpa y cargo con ella.

ANTÍGONA.- *(Reaccionando con furia)* ¡No te permite tal cosa la Justicia! ¡Tú no lo quisiste hacer, ni yo te di participación alguna!

ISMENE.- ¡Pero en la situación en que estás, no me importa surcar contigo el mar de la desgracia!

ANTÍGONA.- ¡El Hades sabe quién lo hizo y lo saben también los que en el Hades habitan!

ISMENE.- *(Con aire de súplica)* ¡Hermana, no me prives de la gloria de morir contigo y rendir tributo al muerto!

ANTÍGONA.- ¡No quieras tú ahora morir conmigo, ni digas que colaboraste cuando no lo hiciste!

ISMENE.- ¿Para qué quiero yo vivir privada de ti?

ANTÍGONA.- ¡Pregúntaselo a Creonte, pues tanto te preocupas por él!

ISMENE.- ¿Por qué te ríes de mí de esa manera, si nada ganas con ello?

ANTÍGONA.- ¡Aunque me ría de ti, en realidad te compadezco!

ISMENE.- ¡Déjame ayudarte, hermana! ¡Dime qué puedo hacer por ti!

ANTÍGONA.- ¡Salvarte tú misma! ¡No voy a envidiar que te salves!

ISMENE.- ¿Y no puedo compartir tu suerte?

ANTÍGONA.- ¡Tú escogiste la vida; yo, la muerte!

ISMENE.- Bien te lo advertí, hermana.

ANTÍGONA.- ¡Ánimo, Ismene! Tú sigues viva; yo, en cambio, hace tiempo que estoy muerta por ayudar a los muertos.

CREONTE.- Mucho me temo que están locas las dos: la una, desde hace poco; la otra, desde que nació.

ISMENE.- *(Con dureza y frialdad)* Cuando vienen los males, ¡oh rey!, se disipa la razón.

CREONTE.- ¡Tú, por ejemplo, pues has escogido cometer maldades con los malvados!

ISMENE.- ¿Y qué vida puedo yo llevar ya sin mi hermana?

CREONTE.- ¡No digas "mi hermana"; a "tu hermana" dala ya por muerta!

ISMENE.- ¿Vas a matar a la prometida tu hijo?

CREONTE.- ¡No faltarán otros campos que poder labrar!

ISMENE.- ¡Pero sí un amor tan completo como el de Antígona!

CREONTE.- ¡No quiero yo mujeres traidoras para mis hijos!

ISMENE.- Pero será faltar a la palabra dada. ¡Ay, querido Hemón, cómo te está traicionando tu propio padre!

CREONTE.- ¡Ya me estás hartando tú y tus bodas!

ISMENE.- ¿Vas a privar a tu hijo de casarse con Antígona?

CREONTE.- ¡No! ¡Es el Hades quien prohibirá esta boda!

ISMENE.- ¡Ya veo claro que es inevitable su muerte!

CREONTE.- ¡Y yo lo veo más claro que tú! ¡Y basta ya de dilaciones! *(A los criados)* ¡Metedlas adentro! ¡Que estén bien presas y no libres! ¡Hasta los más valientes intentan huir cuando sienten cerca de sí la muerte! *(Mutis de la escolta con las hermanas.*

CREONTE se sienta en su trono)

ESTÁSIMO SEGUNDO (582-630)

Estrofa 1ª.- Benditos aquellos a cuya vida /jamás la desgracia pudo atacar/pues, cuando algún dios sacude a una casa,/no hay calamidad que allí no se instale /de generación en generación./Lo mismo pasa con la ola marina/ Cuando, a impulsos de los vientos furiosos, /arrastra del fondo la negra arena/, al estallar de sus ondas violentas, /braman las playas con triste lamento

Antistrofa 1ª.- Sobre los males de los que murieron/aún van cayendo nuevas desgracias/porque otras nuevas desgracias destruyen/a los pobres descendientes de Lábdaco./El Destino los persigue sin tregua:/no hay generación que pueda salvarse,/pues la última esperanza que quedaba/de las últimas raíces de Edipo/la siega la destructora guadaña/de los vengativos dioses de abajo

Estrofa 2ª.- ¿Cuál será la soberbia de los hombres/ que alcance a atajar tu poder, ¡oh Zeus!/?/Ni le rinde el sueño que todo lo ata ni los alegres días de los dioses./¡Oh Zeus, Zeus! Soberano sempiterno,/tú reinas en las cumbres del Olimpo/y tú gobiernas sobre lo presente/y sobre lo pasado y lo futuro;/en cambio, nada grande podrá entrar/y gobernar la vida de los hombres/sin que aparezca alguna maldición.

Antístrofa 2ª.- La vaga esperanza a muchos anima,/para otros muchos es vana ilusión: /a otros les anima la engañosa ilusión/porque viene por el suelo reptando/e ignorantes su presencia no advierten/hasta que pisan en la ardiente brasa./Certero estuvo aquel sabio que dijo/que siempre lo malo se antoja bueno/cuando un dios te confunde y te arrastra/y no para hasta llevarte a la ruina (Entra HEMÓN)

EPISODIO TERCERO (631-780)

SEGUNDO AGÓN: CREONTE VERSUS HEMÓN

CORIFEO.- Pero mira, Creonte, aquí viene Hemón, el último de tus hijos. Quizá viene dolido por la fatal suerte de su prometida, Antígona, y amargado por su boda frustrada.

CREONTE.- Pronto lo sabremos y mejor que por adivinos. (A HEMÓN) ¿Vienes, hijo mío, furioso contra tu padre o acatas mis órdenes?

HEMÓN.- Padre, soy tu hijo. Tú me guías dictando buenos consejos. No hay para mí bodas ni partido más aceptable que tu sabia dirección.

CREONTE.- Así es, hijo mío. Todo pase a segundo término ante la voluntad de un padre. Esta es la razón por la que el hombre tanto desea tener a sus hijos en su casa: para que devuelvan mal por mal a sus enemigos y honren a los amigos. El que engendra hijos inútiles no hace sino engendrar males para sí. ¡Eso, además, acarrea la burla de sus enemigos! Tú, hijo mío, jamás cambies estos sabios consejos por los placeres de una mujer. ¡Deja a esa mujer! ¡Que se busque otro novio en el Hades! Yo la he sorprendido traicionando a la ciudad y la ciudad verá que sé cumplir lo que digo, pues la he condenado a muerte. Si los de mi misma familia se me crían rebeldes, ¿qué no harán los extraños? Solo quien se muestra enérgico en su casa sabrá ser justo también con la ciudad. ¡Al que la ciudad ha colocado en el trono, a ese hay que obedecerlo! ¡No hay desgracia mayor que la anarquía! Ella es la que arruina a los pueblos, la que lleva la destrucción a las familias y la que pone en fuga a las huestes aliadas. La disciplina, en cambio, es la que proporciona la prosperidad. ¡Por eso hay que apoyar siempre el orden establecido y nunca dejarse vencer por una mujer!

CORIFEO.- Nosotros, si no nos confunden nuestros muchos años, creemos que has hablado sabiamente.

HEMÓN.- Padre, la prudencia es un don de los dioses, el don más apreciado de cuantos existen. No voy a entrar en si tienes o no tienes razón. Con todo, también otros pueden tener otra opinión. Es a mí, sin embargo, a quien toca observar lo que dicen por ahí fuera o lo que hacen o cómo critican tus decretos; tu sola presencia infunde al ciudadano sencillo demasiado respeto como para poder decirte cosas que te han de irritar con solo oírlos. A mí, en cambio, se me permite escuchar cómo toda la ciudad llora a esta doncella, porque, siendo la que menos lo merece de todas las mujeres, muere en pago de las más nobles acciones: “*¿No ha consentido que su hermano, muerto en la guerra, quede insepulto para pasto de perros carniceros y de aves de rapiña!... ¿No es tal mujer digna de una grata recompensa?*” Tal es el secreto rumor que circula sigilosamente por la ciudad. ¡No vivas casado con tu propia opinión, aferrado a que las cosas son así, sin más, como tú las dices! ¡No presumas de ser tú solo el que tiene talento! ¡Por más sabio que sea un hombre, nunca le será vergonzoso aprender de otros! Bien sabes tú que, junto a los torrentes invernales, los árboles que salvan sus ramas son los que saben doblegarse y los que se tienen rígidos aparecen arrancados de cuajo. ¡Deja a un lado la cólera y muéstrate flexible! Si a un joven como yo se le permite un pequeño consejo, afirmo que, sin duda, lo mejor para un hombre sería el escuchar los buenos consejos de los demás.

CORIFEO.- Justo es, ¡oh rey!, que tú aceptes lo que este dice de bueno y él, a su vez, lo tuyo. Buenas son las razones de ambos.

CREONTE.- (Muy sarcástico...) O sea..., que yo, a mi edad, tengo que recibir lecciones de prudencia de un jovencito como este....

HEMÓN.- En lo que no sea razonable, no; pero, si yo soy joven, no es a la edad sino a la razón a la que hay que mirar.

CREONTE.- (En el mismo tono) ...Pues tiene su punto de razón eso de honrar a los rebeldes, sí...

HEMÓN.- (Tensión máxima) ¡No seré yo quien pida honras fúnebres para ningún sedicioso!

CREONTE.- ¿Y no hemos sorprendido a Antígona en ese crimen?

HEMÓN.- ¡Toda la ciudad de Tebas grita que no es un crimen!

CREONTE.- ¿Y la ciudad va a dictarme a mí lo que yo tengo que mandar? Pero, ¿en la ciudad mando yo según el criterio de otros o según el mío?

HEMÓN.- ¡No es ciudad lo que es posesión de un solo hombre!

CREONTE.- Pero, ¿la ciudad no se dice que es del que la manda?

HEMÓN.- ¡Acabarás reinando en un desierto!

CREONTE.- (Al CORO) ¡Este, a lo que se ve, lucha por una mujer!

HEMÓN.- ¡Si tú eres esa mujer, es por ti por quien estoy luchando!

CREONTE.- ¡Ah, descarado! ¡Te has puesto en abierta oposición con tu padre!

HEMÓN.- ¡Es que te veo pisotear toda justicia!

CREONTE.- ¿Es injusticia defender mi autoridad?

HEMÓN.- ¡No es defenderla; es conculcar los derechos de los dioses!

CREONTE.- ¡Maldito obstinado, estás subyugado por una mujer!

HEMÓN.- ¡Pero jamás sometido a la injusticia! ¡Eso..., nunca!

CREONTE.- ¡En todo lo que dices estás hablando por ella!

HEMÓN.- ¡Y por mí y por ti y por todos los dioses de allá abajo!

CREONTE.- ¡Pues no te casarás con Antígona, al menos viva!

HEMÓN.- ¡Ella morirá, pero, al morir, hará perecer a otro!

CREONTE.- ¿Hasta te atreves a amenazarme en tu insolencia?

HEMÓN.- ¿Es amenazar el discutir razonamientos vacíos?

CREONTE.- El dolor te meterá en juicio; tu razón sí que está vacía.

HEMÓN.- ¡Si no fueras mi padre, yo diría que habías perdido el juicio!

CREONTE.- ¡Juguete de vil mujer, no me marees más!

HEMÓN.- Dices tú lo que quieres, pero no quieres que se te conteste.

CREONTE.- ¿De veras? Pues, por todos los dioses del Olimpo, ten por cierto que no te has de alegrar de esos insultos con que me estás hiriendo! (*A los SOLDADOS*) ¡Traed aquí a Antígona y que muera cerca de su prometido y ante sus mismos ojos!

HEMÓN.- ¡Cerca de mí, no! ¡Ni lo sueñes! ¡Ni ella muere junto a mí, ni tú volverás a ver mi cara! ¡Pasea tu locura entre aquellos de los tuyos que te quieran aguantar! (*Mutis*)

CORIFEO.- El joven se ha ido, ¡oh rey!, con gran furia y precipitación. A esa edad un corazón hostigado se vuelve feroz.

CREONTE.- ¡Que haga, que presuma cuanto pueda, con tal de que se vaya! Pero no libraré de la muerte a su querida Antígona.

CORIFEO.- ¿Y cómo es la muerte que tienes decretada?

CREONTE.- Yo la llevaré adonde no haya huella alguna de hombre mortal y allí la encerraré viva en una caverna de piedra, sin más alimento que el preciso para evitar el sacrilegio, para que no contraiga tal mancha toda la ciudad. (*Sarcástico*) Allí, quizá, pidiéndoselo al Hades, pues es el único dios que ella adora, conseguirá verse libre de la muerte o, si no, aprenderá, al menos allí, que es inútil honrar a los muertos. (*Mutis*)

ESTÁSIMO TERCERO (781-805)

Estrofa.- *¡Amor, amor, invencible en la lucha! ¡De cuántas desgracias eres la causa! ¡Ya estés posado en las tiernas mejillas que ornan las caras de tiernas doncellas/ o sobre el Ponto tus alas pasees/ o entres veloz en las rústicas chozas,/ nadie podrá rechazar tu poder,/ ni siquiera los divinos celestes /ni tampoco los hombres efímeros:/ ¡la locura invade a quien te posea!*

Antistrofa.- *Incluso a los buenos tú los arrastras,/ en injustos a los justos conviertes/ y en este hogar has metido la lucha,/ pero ha triunfado el dulce deseo/ de la joven y adorable doncella,/ pues siempre vence la diosa Afrodita,/ si a los mortales sus leyes impone.*

EPISODIO CUARTO (806-943)

(Antígona, Creonte)

CORIFEO.- (*ANTÍGONA es de nuevo traída y fuertemente sujeta por SOLDADOS*) Tentado me siento a rebelarme contra las leyes y apenas puedo contener mis lágrimas al ver aquí a Antígona, que parte ya para la muerte.

ANTÍGONA.- (*Tensión*) ¡Ya me veis, ciudadanos de mi tierra paterna! ¡Emprendo mi último viaje y contemplo la última luz del sol! ¡Me llevan viva a la ribera del Aqueronte y con el Aqueronte me casaré!

CORIFEO.- Pero vas a la profunda mansión de los muertos llena de gloria y no herida por destructora enfermedad, ni rendida por golpe de espada, sino por tu voluntad; tú serás la única entre todos los mortales que haya pasado viva al Hades.

ANTÍGONA.- ¿Por qué te burlas así de mí? ¿Por qué, por los dioses patrios, no esperas a verme muerta para insultarme, sino que lo haces en mi presencia? ¡Oh ciudadanos de mi patria, vosotros seréis testigos de cómo voy a ser enterrada viva! ¡Ya no soy ni de los vivos ni de los muertos!

CORIFEO.- ¡Algún crimen de familia estás expiando, niña!

ANTÍGONA.- ¡Me has herido en lo más profundo de mi corazón! ¡Ay, fatal boda de mi desgraciada madre con mi desgraciado padre! ¡De qué gente he nacido yo! ¡Hacia ellos voy..., a vivir con ellos voy..., maldecida y sin haberme casado. ¡Oh hermano mío; tú, también desventurado hermano mío! ¡Muerto tú, me has quitado la vida!

CORIFEO.- Ciertamente es piadoso apiadarse de los muertos, pero el que está en el trono jamás permite que se quebrante su poder. Tu propia osadía te ha destruido.

ANTÍGONA.- (*Aparece CREONTE*) ¡Me llevan ya, triste de mí, sin llantos, ni amigos, ni bodas, a este inevitable viaje! ¡Jamás me será dado ya ver el nuevo día y ningún ser amigo llorará mi muerte!

CREONTE.- (*A los SOLDADOS*) ¿No sabéis que, ante la muerte, nadie dejaría de llorar, si de algo le aprovechara? ¡Sacadla inmediatamente y, encerrada en la tumba, como lo tengo ordenado, dejadla sola para que muera abandonada o viva sepultada en tal mansión. Mis manos quedan limpias por lo que a ella toca; pero no ha de vivir más con gente de este mundo.

ANTÍGONA.- (*ANTÍGONA se deshace de los SOLDADOS que la agarran. Dramatismo*) ¡Oh tumba, oh cárcel perpetua de mi mansión subterránea! ¡Hacia ti voy en busca de los míos, en busca de los que, incontables ya, Perséfone, diosa de los infiernos, tiene recibidos entre los muertos! Yo, la última y, con mucho, la más triste de todos me dirijo también allí antes de alcanzarme el término natural de mis días. Pero, en mi partida, abrigo la esperanza de que seré grata a mi padre y a ti, ¡oh madre mía!, y también a ti, dulcísimo hermano, pues yo te bañé y amortajé con mis propias manos e hice en tu honor sepulcrales libaciones. Ahora, Polinices, mira qué premio recojo por haber enterrado tu cadáver. Nunca me hubiera yo arriesgado a tal obra, si hubiese sido un hijo mío o el cadáver de mi propio marido el que se estuviese pudriendo. Muerto mi marido, no me faltaría otro, ni hijo de otro hombre, si perdía el que tuviera; pero, sepultados ya en el Hades mi padre y mi madre, no puede nacerme ya hermano alguno. ¡Dulce hermano mío!, por haberte hecho honras fúnebres, Creonte dice que he pecado y que he sido una traidora. (*Los SOLDADOS la agarran de nuevo y forcejean para llevarla; ANTÍGONA se resiste*) Y por esto me llevan ya así, con mano

violenta, sin las canciones de boda, sin las caricias de esposo, sin la crianza de un hijo; abandonada de toda persona amiga voy en vida a las cavernas de los muertos. (*Mirando al cielo*) ¿Cuál es la ley divina que yo he violado? ¿Para qué, ¡desventurada de mí!, voy yo a alzar mis ojos a los dioses, ni qué aliados voy a invocar, si, por ejercitar la piedad, soy premiada con la impiedad?

CORIFEO.- Rachas de los mismos vientos siguen aún agitando su alma.

CREONTE.- (*Impaciente*) ¡Sacadla ya! ¡Os va a costar lágrimas vuestra tardanza! (*Empiezan a atar a ANTÍGONA*)

ANTÍGONA.- ¡Voy, ay de mí, al encuentro de la muerte!

CREONTE.- No seré yo quien te anime a retrasar ese encuentro.

ANTÍGONA.- (*Ya atada*) ¡Adiós, Tebas, ciudad de mis padres y mi patria querida! ¡Adiós, también a vosotros, dioses de mis abuelos! (*Al ser llevada*) ¡Mirad, ciudadanos de Tebas, a la única de vuestras princesas que quedaba con vida! ¡Mirad qué males padezco y de quién los padezco! ¡Y todo, por lo piadoso de mi piedad! (*Mutis. CREONTE vuelve a su trono*)

ESTÁSIMO CUARTO (944-987)

Estrofa 1ª.- *Dánae se vio forzada a dejar/también ella la visión de los cielos/ya entrar en una mazmorra de bronce/y, aunque ella era de estirpe real,/fue seducida a un fúnebre tálamo/y mantuvo en su vientre la semilla/concebida por Zeus en lluvia de oro./Pero es terrible la fuerza del hado;/ni las lluvias, ni las guerras violentas,/ni las negras naves que el mar azota/son capaces de poder esquivarlo.*

Antístrofa 1ª.- *Diónisos también castigó a Licurgo:/fue castigado por su altivo orgullo,/por vetar las dionisiacas fiestas/y expulsar a las mujeres bacantes/del territorio por él gobernado./Fue encarcelado en la cárcel de piedra/y al fin comprendió que estaba irritando/al dios furioso que inspira las fiestas,/que controla a las mujeres que danzan/y a las musas que tocaban la flauta.*

Estrofa 2ª.- *Otro ejemplo bien cercano tenemos/aquí mismo, a las orillas del mar,/en las arenas que el Bósforo baña:/el divino Ares, que habita esas playas,/fue testigo de la ceguera cruel,/inferida por su salvaje esposa,/de los dos vástagos del rey Fineo*

Antístrofa 2ª.- *Tristes lloraban el funesto infortunio,/pues su padre repudió a su madre,/y eso que ella era de estirpe real,/hija del Bóreas, que trae los vientos/y sopla en los montes veloz cual corcel*

(*Entra TIRESIAS acompañado de un LAZARILLO*)

EPISODIO QUINTO (988-1114)

TERCER AGÓN: TIRESIAS VERSUS CREONTE

TIRESIAS.- Príncipes de Tebas, venimos dos, pero con la vista de uno; pues así son los viajes de los ciegos, de la mano de un guía.

CREONTE.- ¿Qué nuevas nos traes, anciano Tiresias?

TIRESIAS.- Yo te las diré; y tú obedece a un adivino.

CREONTE.- Nunca he desobedecido tus consejos.

TIRESIAS.- Por eso has llevado a la ciudad con rumbo próspero.

CREONTE.- Beneficios que debo agradecerte.

TIRESIAS.- (*Solemnemente*) Advierte ahora que estás al borde de un abismo.

CREONTE.- ¿Qué pasa? Me horroriza ese lenguaje.

TIRESIAS.- Lo sabrás si me escuchas con atención. Estaba yo sentado en mi acostumbrado sitio de los auspicios, cuando oí un alboroto de pájaros, extraños para mí, chirriando todos en gran confusión; noté que se estaban destrozando cruelmente unos a otros, pues lo decía a voces el ruido de sus alas. En seguida, aterrado, intenté ofrecer un sacrificio encendiendo fuego sobre el altar, pero la llama no prendía en las víctimas, sino que la grasa caía derretida sobre las brasas y daba humo y la hiel saltaba toda hacia arriba y los muslos de las aves derretidos quedaban despojados de la grasa que los cubría. Así frustraba todos mis augurios un sacrificio obstinado en no hablar, como lo supe de este muchacho, pues él es mi guía, como yo lo soy para otros (*Pausa*) Esta es la enfermedad que sufre la ciudad por tu mal consejo, pues todos nuestros altares, todos sin excepción, están atestados de piltrafas, llevadas por aves y perros, del cadáver del hijo de Edipo. Por eso, los dioses no acogen ya nuestras plegarias. Reflexiona, hijo, sobre todo esto; equivocarse es propio de todos los hombres, pero una vez cometido el error, no es falta de consejo remediarlo y no obstinarse en él. Terquedad es sinónimo de estupidez. Cede, pues, ante un muerto. ¿Qué tiene de valentía rematar un cadáver? Tu bien busco y tu bien te aconsejo; dulce es dar oídos al que bien aconseja, cuando aconseja nuestro provecho.

CREONTE.- (*Al CORO. Dramatismo y tensión*) ¡Disparáis todos contra mí como arqueros contra el blanco! ¡Ni siquiera habéis perdonado al arte adivinatorio! ¡Incluso los mismos de mi familia me tienen puesto en venta!... ¡Enriqueceos, si eso queréis, y traficad con el oro de la India, si os apetece!... ¡Pero a Polinices no lo enterraréis en un sepulcro, ni aunque al mismo trono de Zeus quieran llevar sus águilas las piltrafas de su cadáver destrozado! ¡Ni siquiera, en ese caso, consentiré que le den sepultura! ¡Bien sé yo que no hay mortal que pueda contaminar a los dioses!... (*A TIRESIAS*) ¡Anciano Tiresias! ¡Hasta los más hábiles de los mortales sufren duras caídas, cuando visten con hermosas palabras sus perversas intenciones!

TIRESIAS.- Sin duda, has olvidado, si es que alguna vez lo aprendiste y aplicaste,...

CREONTE.- ¿Qué? ¿Qué anuncias con esa vaguedad?

TIRESIAS.- ...Que el buen consejo es el mayor de los tesoros?

CREONTE.- ¡Sí! ¡Y también que el mal consejo es la mayor de las desgracias!

TIRESIAS.- Pues de esa enfermedad estás tú apestado...

CREONTE.- ¡No quiero contestar con insultos a un adivino!

TIRESIAS.- Lo haces al decir que yo vaticino mentiras...

CREONTE.- ¡Es que toda la ralea de los agoreros estáis dados a la estafa!

TIRESIAS.- ¡Y los tiranos, a la infame explotación!

CREONTE.- ¿Sabes tú que estás diciendo lo que dices al que es tu rey?

TIRESIAS.- Lo sé, como que, gracias a mí, has salvado la ciudad.

CREONTE.- Eres buen adivino, pero te arrastra la maldad.

TIRESIAS.- Me estás obligando a revelar cosas que no debieran moverse del corazón.

CREONTE.- ¡Muévelas, a condición de que no te las dicte la avaricia!

TIRESIAS.- Pues, hay cosas que te atañen...

CREONTE.- ¡Ten por cierto que no te has de lucrar con mis decisiones!

TIRESIAS.- (*Con gran solemnidad. Profetizando*) ¡Y tú ten por muy cierto que no han de cumplirse ya muchas vueltas del sol, sin que tú mismo veas entregado, muerto por muerto, a un hijo de tu propia sangre! ¡Has echado al mundo de abajo a quien es del mundo de arriba! ¡Has enterrado a un vivo y retienes aquí a un cadáver, posesión de los dioses infernales, sin sepulcro, sin exequias, sin respeto!... ¡Todo son atropellos cometidos por ti! ¡Pero las Furias del Hades, vengadoras lentas aunque certeras de este crimen, ya están acechándote para que tú mismo te veas arrollado por estos males!... Y, ahora, averigua si hablo así vendido al dinero... Dentro de poco, lamentos de hombres y de mujeres llenarán tu propio palacio. Puesto que tú me has provocado, ahí van esos dardos que, como arquero, disparo contra tu corazón; son certeros y tú no serás quien esquive sus caricias. (*Aparte al LAZARILLO*) Tú, muchacho, llévame ya para casa, deja que este descargue su ira sobre gente más joven y aprenda a refrenar su lengua y a tener en su corazón sentimientos mejores que hasta ahora. (*Mutis*)

CORIFEEO.- Rey, se ha ido el adivino, pero ha pronunciado misteriosos vaticinios. Desde que tengo uso de razón, me consta que jamás dictó falsas profecías a nuestro pueblo.

CREONTE.- (*Visiblemente afectado por el vaticinio*) Yo también lo sé y se me acelera el corazón; duro es tener que ceder, pero, más duro, enfrentarse a la desgracia.

CORIFEEO.- Conviene que seas prudente, hijo de Meneceo.

CREONTE.- ¿Y qué he de hacer?

CORIFEEO.- Saca a la doncella de esa oscura morada y ábrele una tumba al muerto.

CREONTE.- ¿Esto es lo que me aconsejas?

CORIFEEO.- Cuanto antes, rey.

CREONTE.- Sí, lo haré. Me cuesta, pero renuncio a mis propósitos y lo haré; es inútil luchar contra la adversidad.

CORIFEEO.- Ve y hazlo pronto. No lo encomiendes a otro.

CREONTE.- Sí, me voy ya, porque lo mejor es llegar al fin de nuestros días respetando las leyes establecidas. (*Mutis hacia el campo*)

ESTÁSIMO QUINTO (1115-1154)

Estrofa 1ª.- ¡Gloria a ti, Baco, dios de muchos nombres!, ¡vástago de la doncella Cadmea/ y de Zeus, el dios portador del rayo./ Tú proteges a la ínclita Italia/ y reinas en las faldas de Eleusis/ y eres dueño de los templos de Tebas, /que es la madre de tus fieles bacantes.

Antistrofa 1ª.- Te paseas por el monte Parnaso, /te paseas por las cumbres nevadas, /por el monte de las ninfas de Apolo, /que se esconden en la gruta Coricia/ y que beben en la fuente Castalia; /regresas desde las cumbres de hiedra, /desde los viñedos cargados de uvas/ que hay en las verdes laderas del Nisa/ y te aclama por las calles de Tebas/ la multitud de tus fieles bacantes

Estrofa 2ª.- Siempre velaste por esta ciudad, /por encima de las otras ciudades, /porque es el hogar de tu amada madre, /que fue herida por el rayo de Zeus. /Ven, ahora, protector de Tebas, /purifica a nuestro pueblo abatido/ por la terrible plaga de la guerra.

Antistrofa 2ª.- ¡Oh jefe de la danza de los astros! /¡Oh director de los cantos nocturnos! /¡Oh rey nuestro! ¡Oh vástago de Zeus! /¡Ven y socorre a esta triste ciudad /y que tus bacantes vengan contigo!

ÉXODOS (1155-1352)

(*Relato del Mensajero*)

MENSAJERO.- ¡Ciudadanos de Tebas! No hay vida humana que, mientras dure, yo me atreva a ensalzar o a condenar. El azar derriba al que hoy es feliz y, mañana, levanta al desgraciado. Creonte era antes digno de envidia; él libró esta tierra de enemigos; él tomó el gobierno de Tebas y era feliz rodeado de sus hijos, pero todo esto ha desaparecido.

CORIFEEO.- ¿Que triste noticia de nuestros soberanos vienes a contarnos?

MENSAJERO.- Han muerto; y los vivos son los culpables de su muerte. (*Se entreabre la puerta principal y asoma EURÍDICE, la reina; no la ven los actores*)

CORIFEEO.- ¿Quién es el asesino? ¿Quién es el muerto?

MENSAJERO.- Hemón es el muerto; su propia mano ha derramado su sangre. Él mismo se ha suicidado en protesta por la muerte de Antígona

CORIFEO.- ¡Ay, Tiresias! ¡Qué verdadera ha resultado tu profecía!... (*Entra EURÍDICE con dos doncellas*) Pero aquí está Eurídice, que sale de Palacio.

EURÍDICE.- ¡Ciudadanos de Tebas! He escuchado algo de vuestra conversación y de las desgracias de mi familia. Contadme qué nueva desgracia se abate ahora sobre nuestra ciudad.

MENSAJERO.- (*Relato de mensajero*) Yo, soberana, lo vi y te diré la verdad. Acompañé a tu esposo a la llanura donde yacía el cadáver de Polinices; quemamos los restos que aún quedaban, hicimos sacrificios en su honor y nos dirigimos hacia la cueva donde estaba encerrada Antígona. Antes de llegar, oímos unos tristes lamentos, que salían de la gruta. Creonte dio un grito desgarrador: "¡Desdichado de mí! ¡De mi hijo es esa voz que nos llega...! ¡Pronto, muchachos, acercaos al sepulcro...; mirad si es de Hemón la voz que oigo o si los dioses se burlan de mí...!" Entramos y encontramos a Antígona colgada del cuello y a Hemón abrazándola y maldiciendo la crueldad de su padre. Creonte, apenas lo ve, se va hacia él y le grita entre lamentos: "¡Desventurado, sal de ahí, hijo mío; te lo pido suplicante!" El hijo le clava feroces los ojos, le escupe en la cara y, sin decir palabra, tira del puño de su espada y, loco de ira, se echa con todas sus fuerzas sobre ella y se la clava hasta la mitad del costado; vivo todavía, estrecha con sus desfallecidos brazos el cuerpo de la joven y muere regando sus pálidas mejillas con el arroyo de su roja sangre. (*Aparte al CORO mientras la REINA se va en silencio. Pausa*) Allí están, un muerto junto a otro muerto, logrando el desdichado, siquiera en la morada del Hades, la realización de sus bodas y mostrando a todos que la insensatez es con mucho el mayor de cuantos males cercan al hombre.

CORIFEO.- ¿Qué pensar de esto? La reina ha desaparecido sin decir palabra, ni buena ni mala.

MENSAJERO.- Preocupado me deja a mí también. Me hago, con todo, la ilusión de que... quizá sea que..., oída la desgracia del hijo, no le parece bien entregarse al llanto público, sino que va a llorar en el interior del palacio.

CORIFEO.- No lo sé; para mí, al menos, tan funesto es un silencio excesivo como un excesivo clamor inmotivado.

MENSAJERO.- Tienes razón; también el excesivo silencio tiene sus tristes presagios. Entremos y lo veamos, no sea que haya algo oculto en el fondo de su corazón irritado. (*Mutis del MENSAJERO*)

CORIFEO.- (*Aparece Creonte con dos soldados, que traen el cadáver de su hijo muerto cubierto con un velo*) Ahí llega el rey acompañando a su hijo muerto, prueba demasiado evidente de su propio pecado.

DESENLACE FINAL

CREONTE.- (*Tensión máxima*) ¡Oh pecados de un alma infortunada! ¡Vednos aquí, juntos, a los asesinos y a los muertos de una misma familia! ¡Oh calamidad de mis malos consejos! ¡Hijo mío! ¡Tierno hijo! ¡Con temprana muerte has muerto!

CORIFEO.- ¡Qué tarde comprendes lo que es la Justicia!

CREONTE.- ¡Sí! ¡Ahora comprendo que fue algún dios el que alzó su pesada mano y la descargó sobre mi cabeza! (*Un PAJE de palacio llega desolado*)

PAJE.- Señor, males aquí fuera y males dentro de palacio; desgracias te acompañaban al venir y desgracias te esperan en casa.

CREONTE.- ¿Qué pasa?, ¿vienes a anunciarme nuevas desgracias?

PAJE.- ¡Ha muerto tu esposa, la madre de este difunto! (*señalando a HEMÓN*). Hace un momento, se ha clavado una aguda espada al pie del altar y ha apagado la luz de sus ojos, tras lamentar las fallidas bodas de su hijo Hemón y lanzar maldiciones contra ti como asesino de tus hijos.

CREONTE.- (*Patético, derrotado, trágico*) ¡Oh insaciable abismo del Hades! ¿Por qué, di, por qué me pierdes así? ¡Ay, ay! Estaba ya medio muerto y tú me has rematado. ¿Me dices, hijo, que también mi esposa ha perecido, alcanzada por la fatalidad?

PAJE.- Tú puedes verla, pues ya no está en el interior. (*Ábrese la puerta central y aparece el cadáver de EURÍDICE, portado por doncellas*)

CREONTE.- ¡Nueva calamidad delante de mis ojos, oh desdichado! ¿Cuál es el golpe que me aguarda todavía? Me estremece el espanto. ¿No habrá alguien que empuñe espada de doble filo y me atravesase de frente? Miserable soy y de miserables angustias estoy pendiente.

PAJE.- Tu esposa, al morir, te acusaba de ser el causante de estas desgracias.

CREONTE.- A nadie, sino a mí, se culpe jamás de este crimen. Yo te he matado, hijo, lo confieso abiertamente. Sacadme de aquí, siervos; sacadme fuera.

CORIFEO.- Ahora no pidas nada; ningún mortal puede esquivar la suerte que le decreta el Destino.

CREONTE.- ¡Sacad fuera de aquí a un hombre criminal, pues, sin quererlo, yo te he dado la muerte, ¡hijo!, y también a esta, ¡ay desgraciado! Todo era calamidad cuanto tenía en mis manos y el Destino ha descargado sobre mi cabeza otro insufrible golpe. (*Mutis, sostenido por sus SOLDADOS*)

CORO

La sensatez es la mayor virtud; //no se puede luchar contra los dioses; //jamás debemos ser irreverentes, //las palabras altaneras comportan //castigos atroces a los soberbios //y a la vejez, después de muchos golpes, //nos enseñan que debemos ser cuerdos.